

EL PASO DE AÑOS

Hace dieciocho años, yo cumplía dieciocho años.

Recuerdo que por aquella época escribía mucho; sobre cualquier tema realizaba un escrito de una o dos hojas. ¡Me encantaba escribir!, es verdad, me volvía loco escribir. Yo quería ser escritor y ser escritor, para mí, representaba ser leído por esa pequeña porción de seres humanos a los cuales aún nos gusta evadirnos con un libro en la mano; soñar con un párrafo, llorar con una frase, asombrarnos con una palabra. En definitiva, poder llenar un pequeño hueco en la vida de los demás. No he sido escritor y creo, que hasta el resto de mis días, me arrepentiré de no haber intentado publicar algún escrito; de no haber sacado a la luz todos aquellos proyectos tristes, alegres, lógicos, impresionantes, aburridos que sobre mi mente flotaban en aquellos años de juventud. ¡Joder!, han pasado dieciocho años y se dice tan pronto y se pueden hacer tantas cosas durante ellos que uno no puede retener todo y a la vez, están tan vivos como si los hubiese disfrutado ayer mismo. En otros momentos me parecen tan lejanos como si hubiesen pasado siglos.

Como hace dieciocho años, la hoja de los árboles empezaba a caer sobre Madrid, se teñía de marrón. Tantos ideales que defendía por aquella época se han vuelto caducos, tal vez como yo, como las hojas de los árboles que hay necesidad de ser renovadas, unos pocos se hicieron reales y forjaron mi carácter y la mayoría se han ido por el retrete, no pude mantenerlos, no pude defenderlos, no he podido ser como yo hubiese deseado ser, con mis ideales futuristas. ¡Cómo cambia la vida en tan solo dieciocho años!. ¡Cómo nos destroza y a la vez como nos va curtiendo!. Todo aquel materialismo terrenal tan hipócrita que fluía a mí alrededor y que yo nunca hubiese deseado cerca de mí, me tocaba defenderlo ahora, luchar por él y más aún, no perderlo porque sería encontrarse cara a cara con una realidad que tal vez no me gustase vivirla y ahora, ni tan siquiera imaginármela. Cuánto se puede cambiar cuando la comodidad se establece en la vida de las personas. Cuánto he cambiado desde que aquel joven que a todo decía que no y siempre estaba dispuesto a realizar cualquier proyecto, sin miedos, sin temores, sin nostalgia, sin nada que perder y todo el mundo para poder ganármelo. Dejé que la vida me manejase a su antojo y ni tan siquiera le asentí con un mal reproche, me tomó y me llevó de su mano a un mundo el cual no era el mío, no me pertenecía y más aún, no lo deseaba.

Quise un mundo de lápiz y papel y me encontré delante de una máquina la cual me absorbe el tiempo que no sé llenar por mí mismo. Quise un mundo de whisky y me encontré lleno de gases de coca-cola. Quise un mundo lleno de amor a mí alrededor y me encontré solitario escuchando baladas que hablaban de lo que anhelaba.

Volvía a escuchar a Sabina con sus "cortos cuentos urbanos"; igual que hace dieciocho años volvía a quedarme paralizado ante sus melodías y el sentimiento, cuando cierro los

ojos, es el mismo que antaño; melancolía, nostalgia, verdad, realidad. ¡Qué pronto se olvida todo!, qué fácil se hace el dejar todo hacia el lado por el cual no nos interesa caminar, qué difícil es mirar atrás y corregir errores que ahora nos hacen ver que realmente han sido errores en nuestra vida porque en cierta forma, no nos han llevado a donde hubiésemos deseado y sí donde lo han deseado los demás. Así, nos han hecho y nosotros hemos deseado que nos hicieran de esta forma, por tanto la culpa es tan solo nuestra y buscar los guías de esta situación y comenzar a acusarlos, es una manera de eximir nuestra culpa. Nos merecemos lo que tenemos y tenemos lo que nunca hubiésemos deseado obtener, lo que nunca se nos hubiera pasado por la imaginación que tendríamos. El mundo nos marca y la sociedad nos dice qué camino de su verdad tenemos que seguir y si no, no seremos felices, no seremos dichosos. Hace dieciocho años yo era feliz; dieciocho años después no soy feliz y la diferencia son dieciocho años; han tenido que pasar todo estos años para llegar a mi egoísta conclusión de que no soy dichoso, de que no disfruto de esta vida como yo desearía, de que soy uno más de este mundo que se oculta en una felicidad hipócrita, falsa y descontenta. Tenía el valor para enfrentarme a buscar la felicidad ficticia y flotante pero ahora me encuentro incapaz de luchar por ella, me trae sin cuidado si existe o no; no lucho por ella, no la busco, no la deseo. Me dejo llevar por esta vida cómoda y muy de vez en cuando me asalta la duda de que pueda encontrarla algún día, incluso de que pueda estar viviéndola y no me esté dando cuenta de ello. Tal vez todo sea felicidad.

Mi hijo crece muy deprisa y a veces me parece tan adulto, que creo que se me escapa de las manos la educación que se supone que debería de ofrecerle; pero aún es inocente y muy pequeño y la realidad me despierta haciéndome ver que tiene mucha dependencia de mí, de su madre, que nos necesita para todo, que aún no ha llegado su momento de felicidad plena y que espero que él encuentre todo lo que yo dejé a mitad de camino, que lo rescate y le dé el sentido que yo no supe darle o no quise darle. Aún necesita mucho amor para ser forjado, necesita mucho dialogo, mucha comprensión, necesita mucho de todo... todo aquello que yo no tuve y tanto deseé tener. Le daré todo aquello que necesita para valorar la vida, para disfrutar la vida, para vivir la vida; para que un día cuando pasen dieciocho años o incluso dieciocho años más, no tenga la realidad con la que yo me enfrento ahora. Lo veo tan complicado, que muchas veces, me veo incapacitado para indicarle la senda correcta sobre todo, porque no sé que es eso de la senda correcta; si mi senda no lo ha sido no puedo pretender enseñar el camino correcto, pero habiéndolo recorrido, si puedo estar capacitado para no hacer tropezar a nadie en las mismas piedras, en los mismos errores o por lo menos intentarlo. Me gusta verle disfrutar en el parque con sus nuevos amigos de tan solo unos minutos; me gusta verle disfrutar con su independencia solitaria, su lectura, su escritura, sus dibujos, sus luchas de brujos contra duendes, de buenos contra malos y siempre él, ganador, el vencedor de la

contienda, el ser supremo. Y yo, durante esos segundos, soy feliz; consiguió su meta, llegó con éxito y triunfó.

Mi mujer sigue siendo la madre de mi hijo, que aún se conserva muy bien, una mujer apetecible, la mujer que elegí no sé si para toda la vida ¡da tantas vueltas esta puñetera vida que nunca se sabe!; y tan solo hay que ver estos dieciocho años pasados. Creo que de no estar con ella, no pretendería unirme a ninguna como lo hice con ella. Tantas experiencias vividas, tantos momentos buenos y malos, tantas risas y lagrimas, tantos escritos me ha inspirado y ahora, tras todo este tiempo pasado se me hace cada día más distante.

Hace dieciocho años tenía la mente muy clara, despejada, fácil de pensamiento. Dieciocho años después he pensado que alguien debe de aclararme estos pensamientos que me confunden continuamente. Tardo en realizar un escrito muchos días, incluso semanas y hasta meses... mezclo tantas ideas de varios días que no consiguen tener un sentido... se mezclan estados de ánimo que no definen la idea concreta del escrito, me despisto, me distraigo de cualquier pensamiento, no me llego a concentrar en nada, no soy yo mismo.

Me cuesta levantarme por las mañanas para ir a trabajar; no disfruto ya con mi trabajo y antes era una alegría, esta monotonía me llena de desdicha y tal vez sea porque no tengo esa alegría en casa. Me cuesta realizar las ilusiones de mi propia casa, de mejorarla, de que sea reconfortante pero noto angustia, pienso que todo acabará de un momento a otro. Lo que me ha costado levantar durante muchos años, una familia de tres personas perfectamente relacionadas no se cumple. No noto esa comprensión, sinceridad, lealtad, felicidad.

Son treinta y seis años. Hace dieciocho años no podía imaginarme lo que tendría dieciocho años después y mucho menos lo que tendré dentro de otros dieciocho años... tal vez, no dejar escapar dieciocho más sin notar que si han merecido la pena.©